

**JUAN JOSÉ DÍAZ**

**LA  
HABITACIÓN  
352**

**Lectulandia**

Jaime es un paparazzi malagueño acostumbrado a meterse en situaciones incómodas con tal de conseguir la foto más escandalosa. O al menos así era hasta el día en que sus ojos se cruzaron por primera vez con Gloria en la recepción del hotel más lujoso de Málaga. ¿Quién era aquella muchacha de belleza celestial? Es más... ¿por qué cuando desaparece dentro del hotel sin dejar rastro, nadie la recuerda? Jaime, acompañado por su amigo Raúl, emprenderá una búsqueda desesperada en un hotel que guarda más secretos de los que jamás hubiese podido imaginar. Lo que allí descubra podría hacerle dudar de su propia cordura...

**Lectulandia**

Juan José Díaz Téllez

# **La habitación 352**

ePub r1.1

patrimope 30.05.14

Título original: *La habitación 352*  
Juan José Díaz Téllez, 2013  
Diseño de cubierta: © Shutterstock

Editor digital: patrimope  
Corrección de erratas: carlosmanpr  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A María Jesús, por aguantarme cada día*

**ELLA**

# UNO

Aquél no tenía por qué ser un día distinto de los demás del verano más caluroso que se recordaba en los últimos años en Málaga. El lunes de aquella misma semana se habían alcanzado los cuarenta y cinco grados, y, aunque al día siguiente se habían suavizado un tanto las temperaturas, aquel miércoles tenía toda la pinta de alcanzar un nuevo máximo histórico.

A Jaime, el calor de Málaga le parecía el peor del mundo. Un calor que hacía que la camisa se le pegara al cuerpo como una segunda piel y que el sudor le corriera a uno como ríos desde la cabeza hasta el último vello del cuerpo. La única manera de luchar contra aquel martirio era pasarse todo el día en la playa, y esperar pacientemente hasta las ocho o las nueve de la noche, hora en que comenzaba la vida nocturna y el sol se había retirado ya a coger fuerzas para el día siguiente.

En eso pensaba Jaime mientras maldecía su suerte.

Su trabajo le permitía la independencia que tanto le gustaba, no era esclavo de un horario encorsetado, pero a veces se encontraba con putadas como la de ese día, clavado en medio de una de las calles más concurridas del centro de Málaga a las cinco de la tarde, a pleno sol, esperando a que apareciera Antonio, el actor de moda, para pillar las fotografías exclusivas que le iban a permitir a Jaime pagar el alquiler del mes.

Y en eso estaba cuando apareció ella.

Jaime se hundió en el portal que había convertido en su escondite y ajustó el teleobjetivo de su cámara. La imagen borrosa se tornó nítida conforme iba girando el objetivo, y el cristal de la lente le devolvió la imagen de la mujer más maravillosa del mundo. Con sólo un vistazo, aquella imagen se grabó en su retina y se almacenó en el disco duro de su cerebro.

Un leve crujido a su izquierda hizo que bajara rápidamente la cámara; el trabajo de *paparazzo*, que nunca había estado bien visto, se había convertido últimamente en la peor de las profesiones de riesgo debido a la invasión que los programas del corazón habían hecho de la parrilla televisiva.

Se quedó inmóvil durante un momento hasta que comprobó que no había nadie, y volvió a levantar el teleobjetivo hacia la recepción del hotel. Le llevó unos instantes localizarla otra vez, pero allí estaba de nuevo. Su belleza era como una energía, casi palpable, que surgía de ella en oleadas invisibles. Su pelo rubio, rizado, le caía sobre sus hombros dibujando unas imposibles figuras doradas. Sus ojos, celestes como el propio cielo, serían capaces de doblegar al más duro de los hombres con un solo parpadeo. Y de su cuerpo no se podía decir nada que no fuera pecado mortal.

Pulsó el disparador de la cámara. Una, dos, tres veces... al final perdió la cuenta. Cuestiones de tan poca importancia como el dinero del alquiler o el trabajo que le

habían encargado se diluyeron y desaparecieron como un azucarillo en un café caliente.

Ahora sólo existía ella.

Ella, destacando a través del gentío que abarrotaba la recepción del hotel como un diamante en un cesto de carbón. Su hermosa imagen quedó recogida en decenas de fotografías que Jaime admiraría una y mil veces. La delicadeza de sus gestos, la dulzura con la que se dirigió al recepcionista... Jaime habría dado un año de su vida por oír su voz, por que aquellos hermosos ojos lo miraran directamente a él. Y entonces vio al pequeño que iba cogido de su mano. No había la menor duda de que eran madre e hijo: el mismo color de ojos, el mismo pelo dorado, las mismas delicadas facciones... Sin embargo, había algo que no funcionaba, algo que no era correcto, pero que se le escapaba como esa última palabra imposible de localizar en la sopa de letras casi resuelta.

Tan ensimismado estaba que no vio al gorila hasta que lo tuvo encima.

El primer golpe estalló en la boca de su estómago con un ruido seco y lo dejó sin aliento. De repente, la chica, su hijo y el mundo en general dejaron de tener importancia, y conseguir aspirar una bocanada de aire se convirtió en su máxima prioridad.

–Dame la cámara, capullo. –La voz sonó lejana, perdida entre la niebla del intenso dolor que le subía desde el estómago–. Te aseguro que no te conviene que tenga que repetírtelo dos veces.

Sin darle tiempo a reaccionar, una manaza se cerró sobre la correa de su Nikon y se la arrebató del cuello. Dos dedazos del tamaño de morcillas se movieron con la destreza de un cirujano y abrieron el compartimento de la cámara destinado a almacenar la tarjeta de memoria. Y la extrajeron con la precisión adquirida tras haber repetido esos mismos gestos cientos de veces.

–Me encantan estas cámaras digitales, capullo. Cuando limpie las imágenes que hay almacenadas aquí, me puedo sacar unos eurillos extra en eBay a tu costa. Me encantan las nuevas tecnologías... esto es mucho más divertido que velar carretes.

Jaime abrió la boca para protestar, pero sólo consiguió emitir un ronco quejido. El tipo que lo acababa de golpear era tan grande que tapaba casi completamente la entrada del portal en el que Jaime se había ocultado para tomar las fotografías. Jaime se agachó, y la claridad de la calle lo cegó durante un instante.

–Escúchame capullo... esto nunca ha pasado. Antonio ha vendido el reportaje de sus vacaciones en Málaga a una revista. No es necesario que te diga que no te interesa el nombre de esa revista, ya la verás cuando llegue a los quioscos. Y, como comprenderás, no le apetece que ningún gilipollas le fastidie la exclusiva.

»Quiero que corras la voz para que ninguno de tus colegas se asome por aquí a fastidiar. Y te aviso: si veo aparecer tu cara en la tele contando lo malo que he sido

contigo, acuérdate de conseguir algo que lo demuestre, si no quieres que Antonio (con toda su colección de abogados) te meta un puro del que no te vas a recuperar en años. De todas formas, eso es lo mejor que te puede pasar, porque si no lo hace él, lo haré yo. Y yo no tengo abogados, ¿entiendes?

–S... sí –atinó a decir Jaime. Pensó en añadir algo parecido a una amenaza, pero antes de que consiguiera articular palabra el gigante había desaparecido.

## DOS

Pasó unos minutos sentado en la penumbra del portal, recuperándose en la frescura de la semioscuridad. Aquel tipejo se había llevado las fotos grabadas en su tarjeta, pero no pensó en la memoria interna de la cámara, que tenía una capacidad muy inferior a la de la tarjeta, pero suficiente para almacenar al menos una decena de fotos con una calidad más que aceptable.

Lo primero que hizo Jaime cuando estuvo medianamente seguro de que el matón no iba a volver fue comprobar si en esa memoria interna había alguna foto de su diosa.

Y, efectivamente, así era. Una sola foto, en formato vertical, pero en ella había captado mejor que en ninguna otra su hechizante belleza. En la foto se veía un plano medio de ella, desde la cintura y de espaldas, pero con la cabeza girada hacia atrás, como si estuviese buscando el objetivo de la cámara con aquellos ojos robados al cielo. Su cabello caía en una catarata de oro hasta rozar tímidamente su cintura. En aquel momento, mirando hipnotizado la imagen de aquella mujer en el visor de la cámara, Jaime decidió que la llamaría Gloria.

## TRES

Cuando al fin reunió fuerzas para salir del portal, el dolor de su estómago se había convertido casi en un recuerdo, y Gloria ocupaba de nuevo cada resquicio de su atención.

Cruzó la calle (que parecía una sartén lista para freír un par de huevos; si hubiera tenido a mano un termómetro hubiera visto que superaba con creces los 42 grados) y se dirigió al vestíbulo del hotel, que seguía tan abarrotado como era de esperar en un mes de agosto en la costa, pero en lugar de ir al mostrador de la recepción, como haría cualquier huésped del hotel, giró hacia la izquierda y fue directamente al ascensor, donde un botones uniformado esperaba con aire distraído a que los clientes requirieran sus servicios.

–Hola Raulito –dijo Jaime en voz baja, con una pícara media sonrisa.

–¡Jimmy! –contestó el botones, arrancado súbitamente de su ensimismamiento y visiblemente nervioso–. ¿Estás loco? –El botones agarró a Jaime de un brazo y, sin dejar de mirar a izquierda y derecha alternativamente, lo arrastró a una esquina poco visible del vestíbulo–. ¡Como me pillen me la cortan, tío! Quedamos en que nunca te pasarías por aquí a dar por saco. Yo te paso la información, me sueltas la mosca, y si te he visto no me acuerdo.

–Eh, no te estreses, grandullón –bromeó Jaime, refiriéndose a la altura del muchacho, que, con dieciocho años, al contrario que gran parte de su generación, superaba por los pelos el metro sesenta de estatura–. Sólo necesito información sobre una huésped del hotel que no tiene nada que ver con el famoso.

–¿Eh?... No sé qué te traes entre manos, pero ya sabes la tarifa. –Hizo una leve pausa, que aprovechó para mirar por encima del hombro de Jaime si alguien los estaba observando, prestando especial atención a recepción–. Cincuenta euros, aunque no sea nadie especial.

–¡Qué cara tienes! –respondió Jaime–. La tarifa no baja, pero puede subir cuando a ti te parece. ¿O te tengo que recordar los cien que me sacaste con...?

–Lo tomas o lo dejas, tío. Me estoy jugando el puesto –cortó Raulito, como lo había llamado Jaime.

–Bueno, tío, a lo que vamos. Necesito información acerca de esta rubia –zanjó Jaime, sabiendo que era inútil regatear con el chico, y enseñándole en el visor de la cámara la foto de Gloria (ése sería su nombre, al menos hasta que supiera el verdadero).

Ahora era Jaime el que vigilaba que nadie los observara mientras sostenía la cámara.

–Joder, macho... la cosa está muy negra –dijo Raulito.

–¿Por qué? No me irás a decir que es más difícil sacar información acerca de ella

que de un famoso...

–No, de eso nada. Te digo que la cosa está muy negra... que no se ve nada, vamos...

Jaime miró el visor de la cámara, que estaba completamente en negro, como si la batería se hubiera agotado.

–Pero ¿qué demonios pasa aquí? –murmuró Jaime entre dientes, mientras pulsaba nerviosamente el botón para pasar las imágenes. En el centro del visor apareció un mensaje que advertía de que no existía ninguna foto en la memoria.

–Pues pasa que no tienes ninguna foto de tu rubia misteriosa. La habrás borrado sin darte cuenta, listo.

–No seas imbécil, tío –escupió Jaime con tanta rabia que se sorprendió a sí mismo. Se dio cuenta de que estaba a punto de pagarlo con quien menos culpa tenía, así que se retuvo un poco–. Acabo de mirarlas ahora mismo... se han borrado por la puta cara. ¡Mierda de informática!

–¿A ti nunca se te ha velado un carrete? –replicó Raulito con sorna, sin darse cuenta de que empezaba a meterse en arenas movedizas.

Jaime notó que su rabia inicial se estaba convirtiendo en furia, un calor le subía desde el estómago hacia el pecho, y tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para evitar que ese calor se convirtiera en un incendio imposible de detener. Cuando volvió a hablar lo hizo con calma, respirando hondo y desviando el rumbo de la conversación hacia donde a él le interesaba.

–Da igual tío, necesito que le saques a Julio lo que puedas. La rubia estaba hablando con él hace cosa de cinco minutos, más o menos. Seguro que se acuerda de ella, porque es de las que no se olvidan: pelo rizado, largo hasta la cintura, cuerpo de escándalo... Y llevaba de la mano a un niño, de unos cinco o seis años de edad, que se parecía muchísimo a ella.

–Vaaale, vale tronco, haré lo que pueda, pero esto va con plus de peligrosidad. Ese tío me la tiene jurada, y está loco por pillarme en un chungo para mandarme a la cola del paro...

Raulito se despidió con un leve gesto de Jaime y se encaminó a la recepción con paso firme, mientras se ajustaba la cintura del pantalón. Era el momento ideal, porque por primera vez en lo que iba de tarde no había ningún cliente esperando a ser atendido. Julio (Ju-lío, como él lo llamaba, porque la liaba por cualquier cosa) estaba allí, cumpliendo perfectamente con su papel de recepcionista, leyendo atentamente algo que con toda probabilidad podría ser la factura de un mini-bar que algún huésped le había dejado colgada, a juzgar por el gesto que adornaba su cara.

Julio era un hombre de mediana edad, o sea, una situada en algún punto imposible de adivinar entre los cincuenta y los sesenta años, y era el típico quiero-y-no-puedo. El «quiero» era ser director del hotel y el «no puedo» el puesto de recepcionista que

el destino le tenía asignado. Esta circunstancia lo dotaba de una mala leche excepcional, y de sus chivatazos habían nacido los últimos despidos de personal del hotel: en una ocasión fue una cocinera que se llevaba a casa las sobras; en otra, un empleado de mantenimiento y una limpiadora que ponían todo su celo –nunca mejor dicho– en comprobar la calidad de los muelles de las camas de toda habitación que se les ponía por delante, y así podríamos citar un largo etcétera. A Raúl –Raulito para los amigos– se la tenía jurada desde hacía tiempo, así que éste se andaba con pies de plomo.

–¿Qué tal, don Julio? ¿Algún problema? –atacó Raulito, pensando en los cincuenta euros.

–Sí, tú. Hasta ahora, todo iba bien –replicó, sin levantar la vista de la factura.

–La rubia que acaba de pasar por aquí me dijo que le subiera un gin-tonic del bar, pero no recuerdo su número de habitación...

–¿Qué rubia, tarado? ¿Sabes cuántos clientes tenemos hospedados en el hotel? Supongo que no serás tan estúpido como para pensar que me acuerdo de todos...

El tipo siguió sin levantar la vista del papel, pero sus mejillas se enrojecieron de rabia, en respuesta a la intolerable intromisión de aquel insecto que, si por él fuera, haría ya meses que habría dejado de pertenecer a la plantilla.

–Acabo de subirla hace cosa de cinco minutos... ya sabe, una rubia despampanante, con el pelo rizado hasta la cintura, y un chiquitajo de unos cinco años cogido de la mano –citó, en parte de memoria y en parte tomando fragmentos de la imagen que él mismo se había formado a partir de la descripción que Jaime le había hecho. Ni que decir tiene que en su imagen la rubia iba completamente desnuda.

–Desaparece de mi vista, tarado. –Ése era su insulto favorito, con bastante ventaja sobre «imbécil»-. No atiende a nadie directamente desde hace más de un cuarto de hora, y fue a una pareja de ingleses, que lo único que tenían de rubia eran un par de litros de cerveza en el estómago cada uno...

»Raúl González tenías que ser precisamente, hombre... mira que tengo ganas de perderte de vista –para más inri, el apellido de Raúl era González, y Julio era del Barcelona hasta la médula–. Anda, desaparece de mi vista antes de que te haga la prueba de alcoholemia.

Julio bajó la vista de nuevo hacia la factura, y eso fue un indicador claro de que cualquier intento por parte de Raúl de seguir con la conversación le podía llevar a una situación de difícil salida, así que optó por darse la vuelta y diluirse entre la multitud en dirección hacia su puesto en la puerta del ascensor.

Jaime había seguido la escena desde lejos, y aunque no se había enterado de la misa la mitad, sabía que no había ido demasiado bien.

–Bueno, ¿qué? –le preguntó, casi sin darle apenas tiempo a llegar.

–¿Tú estás seguro de que has visto a esa rubia? –le soltó Raulito–. Aquí pasa algo raro. Ju-lío no haría nada que hiciera quedar mal al hotel. Si hubiera hablado con tu famosa rubia, me habría dado el número de habitación para que le subiera el gintonic.

–¿Puede haberla olvidado? A veces, en el trabajo hacemos las cosas de forma automática sin poner atención... –comenzó a decir Jaime, pero la idea le pareció absurda conforme la iba diciendo. Nadie en su sano juicio olvidaría haber cruzado siquiera un simple saludo con Gloria... y habían estado conversando un rato, al menos el tiempo que duró el episodio de Jaime con aquel gorila.

–Pues será eso, o quizá Ju-lío esté encubriendo a tu rubia misteriosa... ¿Estás seguro de que no es una actriz o algo por el estilo? Igual le ha soltado una pasta al hotel para que la alojen de incógnito...

Jaime estaba seguro de que no era así. Si algo tiene claro un *paparazzo* en su cabeza es la lista de famosos-más-buscados con sus respectivas fotografías, y Gloria no estaba en ella.

## CUATRO

Al día siguiente, Jaime montó guardia en el portal, enfrente del hotel, durante seis horas. En ese tiempo conoció a una chica que estudiaba periodismo y que estaba alojada en ese edificio durante las vacaciones, a la que pidió su número de teléfono; y trabó una gran amistad con el jubilado del primero, que bajaba constantemente para hacer recados y sacar a pasear a su incordiante perro.

Cuando tuvo que dejar la guardia para comer y descansar, pagó cien euros a Raulito para que tuviera los ojos bien abiertos y le dejó muy clarito que lo llamara al móvil en cuanto tuviese alguna noticia.

Gloria no apareció.

# LA HABITACIÓN

## CINCO

Jaime miró la habitación durante unos instantes, desorientado. Tenía unas medidas más que aceptables para lo que se puede esperar de una habitación de hotel. Incluso se podría decir que era grande. Muy grande. Contó las baldosas y, a ojo de buen cubero, calculó que podría estar rondando los ochenta metros cuadrados. Ahí es nada.

Estaba muy ordenada, como si no hubiera ningún huésped alojado. Pero Jaime sabía que era la habitación de Gloria.

Paseó la vista por las paredes, y le llamó la atención el empapelado, que la hacía aparecer lúgubre; era de un color burdeos, con intrincadas filigranas en oro viejo retorciéndose sobre sí mismas. Esas filigranas doradas le recordaban los barrotes de una cárcel, y la idea hizo que un relámpago de hielo le recorriera la espalda. Fue hacia la cama y se sentó. Una finísima capa de polvo saltó al aire y quedó en suspensión, como minúsculas partículas en una escena submarina.

Las miró, fascinado.

¿Cómo iba a ser aquella la habitación de Gloria si estaba claro que allí no dormía nadie desde hacía años?

Se obligó a apartar la vista de aquella nube de polvillo que parecía moverse con vida propia. Miró de nuevo hacia la pared y la sensación de claustrofobia le hizo ahogarse. Tardó unos segundos en descubrir lo que su subconsciente había captado en seguida: los retratos.

Había retratos de chicas. Incontables. De distintas épocas. En color, en blanco y negro, en sepia. Pero todas tenían algo en común: eran bellísimas. Y además, sufrían. Lo podía ver en sus ojos. Y tenían miedo. Mucho miedo. Lo exudaban por cada poro de su piel. Cuando vio el retrato de Gloria colgado en la pared, todas gritaron al unísono.

Las chicas de los retratos gritaron.

Todas y cada una de ellas lo hicieron. Se arañaban la cara, se arrancaban el pelo a tirones, como en pequeñas pantallas de plasma que emitieran incontables películas de terror.

Jaime no lo pudo soportar más y despertó.

## SEIS

–Déjame desirte la buenaventura, guapo.

Jaime sacudió la cabeza. El mundo se movía a su alrededor en un brillante mosaico de luces cegadoras. Oía conversaciones a medias, retazos de palabras que situaba en alguna parte por delante de él y que iban aumentando de volumen conforme se acercaban, para luego disminuir hasta apagarse a sus espaldas. Algunas eran comprensibles, pero otras... Creyó captar algunas frases en inglés y algo parecido al alemán. Una niña pedía insistentemente un helado de fresa a sus padres, pero estaba lejos, muy lejos..., a una vida de distancia. En ese momento, como si saliera de un trance, se vio impulsado con violencia al mundo real.

–Anda, chiquiyo, que tiene carita de emperadó.

Jaime se incorporó de un salto, bañado en sudor, y con los ojos muy abiertos. Se encontraba sentado en un banco de piedra –en el que probablemente había estado acostado– a unos metros de la puerta del hotel. Palpó con su mano el bolsillo trasero del pantalón y se sorprendió al descubrir que su billetera seguía allí. Más sorprendente aún fue que su Nikon siguiera colgada de su cuello.

–¿Está bien, guapo? Mira que mala carita tiene... Anda, déjame que diga unas cosiya pa echá el mar de ojo, que a ti arguien ta mirao malamente.

Delante de él, una vieja gitana de piel oscura como el chocolate insistía en cogerle la mano. La gitana sostenía en la otra mano una ramita de romero de un verde desvaído. Su particular acento, con las eses y las jotas tan marcadas, y la monótona musicalidad de su forma de hablar ejercían un influjo irresistible sobre Jaime. En otra ocasión le hubiera dado las gracias amablemente y habría seguido su camino sin atender la insistencia de la mujer, pero eso hubiera sido en un día normal.

Hoy no conseguía apartar la vista de las arrugas que surcaban el rostro de la vieja «Son más antiguas que el mismo universo. Han estado ahí desde el principio de los tiempos y han visto cosas que yo ni siquiera puedo llegar a imaginar», oyó hablar a su propia voz dentro de su cabeza...

–No..., no pasa nada. Supongo que me he quedado dormido y estaba teniendo una pesadilla –dijo, y su voz sonó como si tuviera una resaca de Fin de Año.

–De eso nada, chiquiyo –dijo la gitana. Hablaba con un volumen muy por encima de lo normal, casi gritaba, como si quisiera que se la oyese desde toda la manzana.

«Eso es lo que suelen hacer –pensó– para llamar la atención de los turistas». Y hasta ahí todo bien, lo malo vino cuando le habló en un susurro que le erizó todo el vello de su espalda.

–A ti te han hecho argo, niño... argo muy malo. Pero yo te voy a ayudá, ya verá

que sí.

Y de pronto el espectáculo se puso en marcha de nuevo, la voz subió de decibelios y la gitana volvió a actuar para su público:

–Anda, no sea encogió y dame argo..., la voluntá na más. ¡Anda, resalao! –Y de nuevo la voz baja, susurrante, que venía de más allá de la gitana–: Yo te ayudaré cuando te haga farta, ya lo verá...

Como Jaime no reaccionó, la gitana se alejó hasta el final de la calle, y allí echó de nuevo sus redes. En un momento, un turista con pinta de escandinavo estaba con la palma de la mano hacia arriba mientras la gitana le leía las líneas y predecía su futuro, para el regocijo del grupo de amigos que lo acompañaba. Reían ante las ocurrencias de la gitana, que hablaba sin parar, e iba leyendo de uno a otro las líneas de las manos. En ese momento Jaime comprendió una cosa: se reían porque la estaban entendiendo. La gitana estaba hablando con ellos en algo que podría ser sueco o noruego. Se le heló la sangre en las venas... ¿Cuántas posibilidades había de que una gitana hablase con soltura uno de aquellos idiomas?

No quiso dar más vueltas al tema. No sabía por qué, pero la idea de que la gitana fuese *algo más que una gitana* lo asustaba como nunca antes lo había estado.

## SIETE

No recordaba en qué momento se había quedado dormido. Simplemente estaba despierto y al instante siguiente se durmió. Si le hubiera pasado lo mismo mientras iba o venía de casa (de la pensión que hacía las veces de casa) con la moto, lo hubieran tenido que despegar del asfalto con espátula...

Habían pasado ya cuatro días desde su encuentro con Gloria. Estaba claro que no podía permitirse el lujo de soltarle cien euros diarios a Raulito para que hiciera de chivato, así que había tenido que hacer guardia él mismo mientras el cuerpo aguantase, o lo que es lo mismo, hasta esa misma mañana.

Desde el día que vio a Gloria su vida había cambiado. Evidentemente, no había podido entregar las fotografías que le habían encargado, pero le daba igual. Tenía docenas de llamadas perdidas en su móvil de su principal cliente y no se había molestado en contestar a ninguna. Es más, si su móvil empezaba a sonar, lo apagaba sin más. Sabía que, más adelante, cuando las piezas que formaban su mundo volvieran a encajar, tendría que montarse una excusa más que trabajada, pero ahora mismo su horizonte comenzaba y terminaba en Gloria, y el resto del universo pertenecía a otro plano infinitamente más anodino.

Así que no se lo pensó más. *Sabía* que ella estaba allí, dentro de aquel edificio, en alguna parte de ese restaurado hotel, y allí era también donde él debía estar. Se dirigió al cajero más cercano, que se encontraba a escasos cien metros del hotel, y consultó su saldo. Le quedaban mil ochocientos euros, y decidió que dedicaría hasta el último céntimo en localizarla. Así fue como Jaime se convirtió en huésped del Málaga Excelsior.

## OCHO

Cuando Raulito le vio dirigirse al ascensor se le cambió la cara.

–¿Otra vez aquí, tío? Vas a conseguir que me echen. –Miró de reojo hacia el mostrador de recepción y, al darse cuenta que Ju-lío no les quitaba ojo de encima, empezó a sudar sin poder evitarlo—. Vamos fuera a hablar, voy a ver si me puedo inventar una excusa sobre la marcha...

–Espera, que esto no es lo que... –comenzó a explicar Jaime, pero antes de que pudiera añadir nada más, Raulito lo agarró por el brazo y trató de llevarlo hacia la entrada del hotel.

–¿Sucede algo? –preguntó Ju-lío.

Raulito dio un respingo. Nunca había visto a nadie moverse tan rápido como a Ju-lío cuando avistaba problemas en el horizonte de «su» hotel. Si se hubiese podido calcular la velocidad con la que se había movido desde el mostrador de la recepción hasta el ascensor, seguro que habría quedado pulverizado algún récord olímpico.

El hecho de que Raulito estuviese implicado hizo que su agilidad se incrementara de forma directamente proporcional a las ganas que tenía de pillarlo en un descuido y poder despedirle.

–No, el chico estaba a punto de acompañarme a mi habitación –contestó Jaime antes de que Raulito metiese la pata—. Es sólo que le ha llamado la atención el hecho de que no llevase maletas. Le estaba comentando que es una manía, siempre compro la ropa al llegar a destino y así evito cargar con el equipaje y de paso renuevo el vestuario –explicó sin estar demasiado convencido de lo que estaba contando, así que decidió callar antes de meter la pata de forma irreparable.

–Si tiene alguna queja, no dude en comentármela –dijo Ju-lío, mirando a Raulito.

Si la situación hubiese ocurrido en una película de ciencia ficción, sin duda hubieran surgido unos rayos de los ojos del recepcionista que hubieran reducido al botones a un montón de cenizas humeantes.

En la vida real, evidentemente, nada de esto ocurrió, pero Jaime juraría que la temperatura en un radio de varios metros a su alrededor había bajado dos o tres grados. Como para suavizar la tensión del instante, la puerta del ascensor se abrió con un melodioso sonido.

–Joder macho, ese tío te la tiene jurada –comentó Jaime nada más entrar, casi sin esperar a que se cerrara la puerta.

–No me lo recuerdes, que tengo esa mirada clavada entre las cejas. Bueno, ¿y de qué va esto, si puede saberse? –Miró la tarjeta de la llave que Jaime llevaba en la mano derecha y pulsó el botón que los llevaría hasta la sexta planta—. ¿Cómo se te ha ocurrido alojarte aquí?

–Pues...

–Pero ¿tú tienes idea de lo que cuesta una habitación aquí? Además, ¿cómo se te ocurre no avisarme?

–Ya, ya, no sé..., no podía hacer otra cosa. Ha sido una corazonada, de esas que nunca me fallan. De pronto me ha parecido que era lo correcto, que había que hacerlo. Y no me recuerdes la pasta, porque estoy en números rojos y no sé lo que voy a hacer cuando me pule lo que me queda en el banco.

–Pues a mí no me mires, que mi novia no me deja meter a nadie en casa. ¿Qué plan tienes? ¿Vas a buscar a tu rubia desde dentro...? Tío, tú estás muy mal.

El ascensor llegó a la planta número seis y se abrió con su musical sonido. Raulito salió, seguido por Jaime. El hotel, pese a haber sido restaurado hacía poco tiempo, conservaba el ambiente que tan famoso lo había hecho durante el *boom* turístico de los años setenta.

Jaime se sintió incómodo por el color burdeos del papel de las paredes del pasillo. Si hubiese podido recordar la pesadilla que acababa de tener, esa incomodidad habría sido sustituida por puro pánico, porque era idéntico al de la habitación de su sueño, incluyendo las filigranas de color dorado que semejaban barrotes de oro. Si en alguna parte del pasillo hubiese visto el retrato de una chica colgado en la pared habría salido huyendo sin poder evitarlo.

La habitación, gracias a Dios, no tenía nada que ver con el resto de la decoración del hotel. Funcional, con el mobiliario justo, y con las paredes en tonos crema, creaba un efecto relajante después del agobio del pasillo. Jaime se dejó caer en la cama con un suspiro de alivio.

–Necesito que me eches una mano, tío –dijo–, pero estoy fatal de pasta. Te prometo que te compenso en cuanto...

–Vale, vale, corta el rollo –contestó Raulito–. Mientras estés aquí, me echas el negocio por alto, así que me interesa que te largues cuanto antes mejor. Además... –hizo una pausa–, me ha picado la curiosidad con tu rubia. Quiero ver qué pasa cuando la encuentres.

Jaime sintió una oleada de simpatía por el chico. Era lo más parecido a un amigo que había tenido en mucho tiempo.

–Tío, gracias, de verdad. Yo...

–Venga, no te pongas moñas –le cortó Raulito–. Quita la música melosa y mete caña en plan Misión Imposible. ¿Qué quieres que haga?

–Necesito información –dijo Jaime, animado, mientras sacaba del bolsillo trasero de su pantalón la libreta que usaba para anotar horarios y trayectos de sus víctimas fotográficas.

–¿Qué tipo de información?

–De momento, ¿cuántas plantas tiene el hotel?

–Diez, más el vestíbulo de recepción y la azotea, que tiene la piscina –contestó

Raulito.

–Sólo me interesan las que tienen habitaciones. Me has dicho diez..., ¿cuántas habitaciones hay por planta?

–Cincuenta.

–Joder, eso hace un total de quinientas habitaciones en las que buscar. ¿Puedes conseguirme un plano del hotel?

–Sí, y un guía que te haga la visita, no te jode. Que soy el botones, a ver si te enteras.

–Vale, vale, haré un plano por planta... Necesitaré un bloc de dibujo, tamaño A3 por lo menos. Tendré que ir eliminando habitaciones para ir acotando al máximo el número de las que tendré que ...

–¿No estarás pensando en colarte en las habitaciones, verdad? Tío, eso es un delito. –Raulito empezó a levantarse de la cama mientras gesticulaba dando a entender que no quería tener nada que ver con el tema.

–Eh, eh, no te preocupes, no voy a hacer nada ilegal. –«A menos que no me quede otra salida», pensó Jaime–. En cualquier caso, sólo soy un cliente más y no tienen por qué relacionarme contigo. Lo único que quiero es ir marcando en el plano las habitaciones en las que sepamos que no está Gloria..., habitaciones ocupadas por hombres solos o mujeres solas, personas demasiado mayores o demasiado jóvenes, gente de color o asiáticos...

–Bueno, algunas de las camareras de piso me deben unos cuantos favores, y otras... –se detuvo un instante como si quisiera pensar lo que iba a decir antes de hablar– se llevan bastante bien conmigo. Tú prepara esos planos y déjame echar las redes, a ver qué pillo. Y, mientras, diviértete –cogió el mando a distancia del televisor de la repisa y se lo arrojó a la cama–, que por lo que te va a costar esto, más vale que al menos lo pases lo mejor que puedas.

Raulito se marchó de la habitación riéndose y cerró la puerta justo a tiempo de esquivar el cojín que Jaime le había lanzado.

Unos instantes después, Jaime salió en busca de una papelería y compró el bloc de dibujo más grande que encontró. Esa misma tarde, ya había estudiado la situación de las habitaciones y los laberínticos pasillos, y los había dibujado –lo cual ya era un mérito dadas sus escasas dotes artísticas– cada uno en una hoja, y cada habitación con su número y un espacio para escribir notas acerca de su huésped.

Cuando miró su reloj, habían pasado las nueve de la noche hacía rato. Ni siquiera se le pasó por la imaginación la idea de cenar en el hotel dada su precaria situación económica, así que decidió que un menú del McDonald's no estaría mal después de todo.

Bajó con la esperanza de encontrarse con Gloria, pero tal cosa no sucedió –en la vida real las cosas no son tan fáciles– y ni siquiera vio a Raulito, que había terminado

su turno. Así que se tomó las cosas con calma, le dedicó cerca de una hora a una cena de la que normalmente habría dado buena cuenta en quince minutos, y antes de las once de la noche ya estaba metido en su cama dentro del hotel más lujoso de Málaga.

Lo importante era que Gloria estaba en alguna parte de aquel mismo edificio.

# LA BÚSQUEDA

## NUEVE

Aquella mañana se levantó como nuevo. No recordaba haber dormido nunca en una cama tan cómoda y hacía muchísimo que no se levantaba tan descansado. Se hizo a sí mismo la promesa de tomarse unas vacaciones (de las de verdad) en aquel mismo hotel cuando todo hubiera acabado, quien sabe si acompañado por Gloria. Y por supuesto, cuando su economía abandonara definitivamente la UVI, para lo que tendría que pasar algún tiempo todavía.

Se dio una ducha que terminó de llevarse los últimos restos de cansancio de su cuerpo, se vistió con la misma ropa del día anterior –apuntó mentalmente que debía pasarse por la pensión para recoger un par de mudas– y se dispuso a salir de la habitación para desayunar. Eran las nueve de la mañana, y afortunadamente el desayuno estaba incluido en el precio, lo cual le iba a dar la oportunidad de ir al restaurante para buscar a Gloria.

El restaurante era una elegante estancia con capacidad –según le pareció a él– para dar servicio a la mitad de la población de Málaga de una sentada. Aunque había mesas vacías aquí y allá, la mayoría estaban ocupadas por turistas que devoraban sus desayunos a toda prisa para salir a descubrir las maravillas de la ciudad lo antes posible. Le bastó un vistazo para darse cuenta –para sentir– que ella no estaba allí. Hubiera brillado por encima de todo aquel gentío.

De repente, se sintió desanimado. No por no encontrarla, sino porque por primera vez caía en la cuenta de la cantidad de huéspedes que había alojados en el hotel. No quiso detenerse a pensar en la posibilidad de que ella ya no estuviera allí, que hubiera dejado el hotel, así que consiguió sacar la idea de su cabeza antes de que echara raíces, desayunó a toda prisa y decidió ponerse manos a la obra.

El primer paso era localizar a Raulito y trazar un plan de actuación. La tarea que tenía por delante era poco menos que una locura. En el peor de los casos, si Raulito no conseguía echarle una mano, tendría que llamar puerta por puerta a quinientas habitaciones hasta localizar a Gloria.

Y eso suponiendo que aún estuviera allí.

Aunque eso lo daba por seguro.

No sabía por qué, pero lo sabía.

Luego había que tener en cuenta que en la gran mayoría de los casos los ocupantes de las habitaciones estarían fuera. La gente no va a los hoteles a pasarse el día encerrados. Sólo van a dormir. Nadie en su sano juicio intentaría una cosa así, pero algo en su interior le decía a Jaime que era la única forma.

Justo cuando empezaba a agobiarse, le sonó el móvil. En la pantalla parpadeó varias veces el nombre de «Raúl».

–Justo ahora iba a llamarte. Parece que me has leído el pensamiento...

–¿Qué, cómo va esa misión imposible? ¿Has empezado ya a levantar a los huéspedes?

–No te lo tomes a coña, tío. No sabes el agobio que tengo encima, esto es un mundo.

–Ya te lo dije. Nunca había visto a nadie pillarse así con una tía. Ni siquiera la conoces, ni has hablado con ella... ¿Qué pasa si llamas a una puerta y cuando te abran te la encuentras con marido incluido?

La pregunta dejó a Jaime descolocado. Era una posibilidad muy real..., ¿por qué se aferraba con uñas y dientes al hecho de que Gloria no estuviese casada?

¿Acaso no había visto con sus propios ojos a su hijo? No podía ser más que su hijo... el mismo color de ojos, el tipo de pelo, la mirada... Eso era irrepetible, genética pura. Y sin embargo, no tenía más remedio que creer que ella era libre.

Lo necesitaba.

–¡Eh! ¿Se ha cortado? –La voz de Raulito lo sacó de su ensimismamiento.

–No, estaba bailando de alegría y no puedo hacer dos cosas a la vez –dijo sarcásticamente–. Desde luego, que tú vales para alegrar un velatorio. Podrías darme ánimos en vez de pisarme la cabeza, digo yo...

–Bueno, no te hago sufrir más. En realidad tengo buenas noticias...

–¿Sí? ¿Cuáles? –El corazón se le aceleró.

–Anda, sal a la calle y ahorramos pasta en el móvil. Cuando levantes cabeza me vas a tener que poner un sueldo, te aviso. Esto no se paga con cien euros.

–¿Dónde estás?

–En el parque, en la zona de los columpios. Ven a por mí antes de que coja complejo o me caguen las palomas...

–Ya estoy allí. –Colgó, y se bebió de un trago el zumo de naranja.

Su intención era aprovisionarse al máximo aprovechando el bufet del desayuno y preparar algunos bocadillos, que luego sacaría escondidos y que le servirían de almuerzo. Sin embargo, se olvidó de esos planes totalmente, la conversación con Raúl había encendido cientos de luces de color verde esperanza en su cabeza, y le impedían ver más allá de una zona de juegos en pleno parque de Málaga. Engulló el cruasán con mantequilla y mermelada de fresa y capturó de un zarpazo un par de napolitanas rellenas de chocolate. Le echó un vistazo apenado al café caliente y decidió dejarlo sobre la mesa sin haberlo probado, porque el riesgo de achicharrarse la lengua era demasiado evidente. En un suspiro, ya estaba fuera del hotel, enfilando el parque de Málaga en dirección a la zona infantil.

## DIEZ

El parque de Málaga discurría de forma paralela a la zona portuaria, en unos terrenos que muchos años atrás se habían robado al mar. La arboleda presentaba las más dispares especies botánicas, que conformaban un variopinto tapiz vegetal que había encontrado un perfecto acomodo en pleno sur de Europa.

Jaime corrió bajo las sombras de las palmeras y los cipreses en dirección a la zona de juegos. El parque infantil estaba presidido por una pequeña estatua de bronce de un burrito en la que, tradicionalmente, todos los niños de Málaga, más tarde o más temprano, acababan subiéndose para ser fotografiados. El lomo del burrito podía dar buena fe de ello, ya que se veía totalmente pulido y brillante en comparación con el resto de la estatua. Y allí justamente, subido sobre el burrito, era donde estaba Raulito esperando, jugando en su móvil a un juego que probablemente se habría bajado de Internet.

–Hombre, que acalorado te veo –dijo, al ver llegar a Jaime. No se había dado cuenta hasta ese momento de que había corrido como si la vida le fuera en ello.

–¿Y bien? –respondió Jaime, con la respiración entrecortada y evitando jadear. Tuvo que hacer una pausa para coger aire y dejar que su corazón volviera a un ritmo medianamente razonable–. ¿Qué era eso tan importante que tenías que decirme?

–¿Quién es el amo, chaval? –dijo Raulito con gesto chulesco. Acto seguido, extrajo unos folios grapados de una carpeta que había dejado sobre el burrito y que había pasado desapercibida para Jaime hasta ese momento. Y se los pasó.

–¿Y esto...? –preguntó Jaime, al tiempo que hojeaba el documento. Tenía escritos una serie de números, organizados en tablas. Parecía una especie de lista de tareas.

–Eso, amigo, es la lista de habitaciones que hay que preparar para recibir nuevos huéspedes en el día de hoy. Y un par de hojas por detrás tienes la de ayer, recopiladas directamente de una de las camareras de piso, gran amiga mía..., pero que no se entere mi novia, ya sabes.

–¡Joder, tío, gracias! No sé qué decir...

–Decir, nada. Lo que tienes es que hacer. Ahí tienes trabajito para entretenerte. Para hoy a las doce de la mañana hay previstas sesenta salidas, así que ya te puedes ir organizando para que te dé tiempo a visitar todas esas habitaciones, porque una de ellas puede ser la de tu amorcito. –Guiñó un ojo y puso morritos.

Jaime estaba tan contento que ni siquiera le pasó por la cabeza enfadarse.

–En la lista está el número de cada habitación, junto al nombre y apellidos de la chica que tiene que hacer la limpieza. Eso a ti te da igual, claro, pero eso es porque no las conoces, porque hay cada bombón que no te puedes hacer idea. Por ejemplo, ésta, Isabel, que tiene unas...

–Tíoooo –lo cortó Jaime a tiempo de evitar que hiciera una representación

exageradamente fiel del tamaño de los pechos de la limpiadora con ambas manos—. Que estamos en la zona infantil...

–Vale, don «estirao». Pero que sepas que estos enanos nos dan treinta vueltas a ti y a mí juntos, que ahora nacen sabiendo. Con eso de los ordenadores e Internet, no veas cómo...

–Oye, ¿has comido lengua? Vaya unas ganas de hablar que tienes, macho... –le volvió a interrumpir Jaime, pensando a todo esto en la forma de entrar en una habitación ocupada sin parecer, como mínimo, sospechoso.

Y, de repente, vio la luz.

–¡Tengo una idea, tío! –exclamó, cortando en seco la protesta que iba a salir de los labios de Raulito—. ¿Vosotros hacéis controles de calidad? Ya sabes, las encuestas típicas estas en las que te preguntan cómo lo has pasado y si volverías a repetir alojamiento en el hotel en otra ocasión...

–Sí, claro, las tienen los huéspedes en una de las mesitas, pero casi nadie las contesta. Algunos se la llevan de recuerdo, y otros, los más, no le hacen ni puñetero caso.

–Vale, apúntame en el lote, porque entonces en mi habitación debe haber una, y yo no me he dado ni cuenta.

–Efectivamente –contestó Raulito, asintiendo con la cabeza mientras hacía un claro gesto de «¿Lo ves? Lo que yo te decía».

–Pues me voy corriendo ahora mismo. –Y Jaime salió disparado.

–¡Eh! Pero ¿qué te pasa? –gritó Raulito antes de que Jaime se perdiera de vista

–¡Que no quiero llegar tarde a mi primer día de trabajo! –respondió este último sin dejar de correr, también a voz en grito.

Un instante después, desaparecía de la vista.

–Este tío no está bien del coco –masculló Raúl mientras sacaba del bolsillo de su pantalón el móvil y se enfrascaba de nuevo en el último juego que se había descargado de Internet. Se dio cuenta de que seguía encaramado en el burrito cuando el padre de un niño de unos cinco años le preguntó si podía dejar el sitio a su hijo para hacerle una foto, a lo que Raúl accedió encantado.

## ONCE

Cuando se acercó a la puerta de la habitación 112 el corazón le latía con tanta fuerza que parecía que iba a salirle por la boca y a rebotar pasillo abajo.

Había subido a su habitación a coger sus libretas y el folleto con la encuesta –es curioso cómo las cosas que no te interesan pueden volverse invisibles, podía haber jurado que no había ningún documento sobre su mesilla, y sin embargo, allí estaba–, y ahora estaba haciendo todo lo posible por parecer un encuestador convincente.

Aspiró profundamente, trató de calmar los nervios –sólo pensar que Gloria podía estar al otro lado de esa puerta le provocaba taquicardia– y acercó los nudillos a la puerta. Tras una última y profunda inspiración, golpeó tres veces seguidas sin pararse a pensarlo más. Su respiración se aceleró de nuevo sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Y no pasó nada.

Esperó unos segundos más, y golpeó de nuevo con los nudillos, en esta ocasión con más fuerza. Obtuvo la misma respuesta: nada.

–Mierda, mierda, mierda –susurró–. Éstos no han esperado a que den las doce para irse. Bueno, nadie dijo que fuera a ser fácil.

Apartó la idea de que ésa hubiera sido la habitación de Gloria y que ella se encontrase ahora camino del aeropuerto o volando hacia un destino desconocido.

Con un rotulador rojo, tachó en su plano la habitación 112. En ese pasillo no había ninguna más que fuese a quedar libre a las doce, así que lo recorrió a toda prisa hasta llegar a la siguiente de la lista, la 136. Volvió a inspirar para calmarse dentro de lo posible, y de nuevo sonaron los tres golpes. En esta ocasión, unos segundos después de los golpes se oyeron pasos en el interior y la puerta de la habitación se abrió. Un hombre de unos cincuenta y tantos, con el cabello rizado y cano apareció al otro lado del dintel. Su piel tenía el color rojo característico del turista que quiere tomar todo el sol del año comprimido en un par de semanas.

–Ehhh... hola –dijo Jaime.

–Siento... no habla español –contestó el Turista Rojo.

–Bien –repuso Jaime–, pues la llevamos clara. ¿Puedo...? –Con la mano dibujó un claro gesto de entrar en la habitación. El Turista Rojo lo pensó un instante (quizá tratando de entender el gesto, o puede que pensando qué demonios quería ese tipo que aparecía justo cuando más liados estaban) y finalmente se echó a un lado, dejando el paso libre. Jaime lo agradeció con una sonrisa. Una vez dentro, echó un rápido vistazo a su alrededor. El cuarto de baño tenía la puerta abierta y la luz apagada, por lo que supuso que no había nadie, pero en la habitación principal se oía el típico ruido de alguien haciendo las maletas: abrir y cerrar de cajones, ruido de llaves, papeles, etc. Se giró hacia el hombre que le había abierto la puerta y le enseñó

el folleto. El acento en las cuatro palabras que había pronunciado era inequívocamente alemán, y afortunadamente el folleto tenía el apartado correspondiente al idioma.

–*Ja* –dijo el hombre

–¿Cuántas personas...? –preguntó Jaime mientras señalaba al turista y luego gesticulaba exageradamente en dirección a la habitación. El hombre lo miraba con el ceño fruncido, tratando de averiguar qué quería decirle. De pronto su cara se iluminó.

Dijo algo en su idioma, que Jaime ni remotamente comprendió y añadió:

–*Mía...* esposa. –Y señaló hacia la habitación. En ese momento una mujer de unos cuarenta y largos se asomó y dedicó una tímida sonrisa a Jaime. Preguntó algo a su esposo, a lo que éste le contestó.

Ella volvió a mirar a Jaime, asintió y le sonrió de nuevo. Jaime se volvió hacia el turista y con gestos le preguntó si sólo estaban ellos dos.

–*Ja, zwei.* Dos –respondió el turista. Jaime apuntó el dato (para disimular) en su libreta, hizo un breve gesto de agradecimiento, y salió de la habitación antes de dar tiempo a que preguntaran algo a lo que no pudiera responder. En el pasillo, tachó la habitación 136.

El resto del tiempo hasta las doce lo pasó saltando de una habitación a otra, siempre con la misma suerte. Se encontró con puertas cerradas, con turistas extranjeros que no tenían ni idea de lo que les estaba diciendo y con turistas españoles que lo ralentizaban aún más en su búsqueda. Él intentaba por todos los medios, una vez que había comprobado que Gloria no se encontraba en esa habitación, salir huyendo lo antes posible sin resultar sospechoso; pero había veces que era imposible acabar con la conversación, sobre todo con los turistas de cierta edad, que tenían tendencia a contar sus batallitas a las primeras de cambio. De ese modo, cuando faltaban sólo cinco minutos para la hora en que las camareras de piso tenían orden de comenzar a arreglar las habitaciones, Jaime no había conseguido pasar de la segunda planta.

«Joder, qué mal», se dijo a sí mismo mientras subía por la escalera que conectaba la segunda con la tercera planta. Acababa de tachar la última habitación de la segunda, y se desesperó al hojear las listas de habitaciones pendientes. De un vistazo, calculó que le debían de quedar unas cuarenta habitaciones antes de llegar a la última planta. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que era imposible. Cuando llegó al pasillo principal de la tercera planta, se colocó justo en el centro, al lado de la puerta del ascensor, y miró de izquierda a derecha. A su derecha, veía un largo pasillo iluminado por la luz que entraba de las ventanas exteriores. A su izquierda, el pasillo se adentraba en la zona del hotel que no tenía vistas al exterior, así que las ventanas habían sido sustituidas por grandes espejos a intervalos regulares para dar sensación de amplitud, y la luz provenía de grandes lámparas tipo araña.

Miró nuevamente el reloj. La aguja más larga rozaba la línea de los cinco minutos, la pequeña estaba situada justamente encima de las doce.

–Mierda..., y más mierda –dijo en voz alta sin ser consciente de ello. Volvió a mirar de lado a lado–. ¿Quién dijo que tenía que ser bonito? –agregó, y se dirigió a la zona del pasillo bañada por la luz artificial.

Caminó a lo largo del pasillo, consciente de que, probablemente, todos los huéspedes que tenían previsto abandonar sus habitaciones lo habrían hecho ya. Sin embargo, aunque el reloj se encaminaba ya hacia las doce y diez, decidió intentarlo una última vez con una habitación elegida al azar, probablemente la última del pasillo. Le echó una ojeada al listado de las habitaciones y descubrió que la que estaba más cercana al fin del pasillo era la 349.

Cada planta estaba formada por cincuenta habitaciones, veinticinco por pasillo, con lo que tendría que llegar al final para comprobar si sus huéspedes la habían abandonado ya o aún seguían en ella. Tenía al menos una docena de habitaciones más cerca, pero por alguna extraña razón decidió ir hasta el final del pasillo, a esa habitación, la más lúgubre.

Aligeró el paso sin conseguir quitarse de encima la desagradable sensación de estar metiéndose en la boca del lobo. Cuando por fin vio el número 349 resaltando en negro sobre la placa dorada de la puerta, dejó escapar un suspiro.

–Bueno, acabemos con esto –susurró, y se dispuso a golpear con los nudillos en el blanco inmaculado de la puerta, cuando de repente, alguien tropezó con él.

–Disculpe, señor –le dijo en voz baja la camarera del piso que, sin querer, había trastabillado en el suelo enmoquetado y había golpeado ligeramente su espalda. La chica siguió su camino hacia la tranquilizadora luz de la zona de ascensores.

«Huyendo de las tinieblas», fue la expresión que se le pasó por la cabeza a Jaime.

La había podido ver durante un fugaz instante, pero había sido suficiente para apreciar su exótica belleza.

No cabía duda de que era sudamericana, por su acento y por la tonalidad deliciosamente tostada de su piel, y probablemente brasileña por la cadencia musical de su voz al pedirle disculpas.

En ese momento entendió por qué Raulito hizo tanto hincapié en lo esculturales que eran algunas de las camareras de piso. Probablemente se refería a aquella chica.

–Un momento..., pero ¿de dónde...? –dijo en voz alta.

La belleza de la chica había conseguido que pasara por alto un detalle muy importante.

La habitación 349 era la última del pasillo (de hecho Jaime podía tocar la pared del fondo simplemente extendiendo un poco su brazo izquierdo) y la 350, la última, quedaba a su espalda, en la otra pared del pasillo, pero la distribución estaba hecha de manera que las puertas de las habitaciones no quedaban enfrentadas, sino situadas de

forma alterna. De ese modo, cada puerta tenía enfrente un gran espejo.

Dicho de otro modo, la habitación 350 quedaba a su espalda, un par de metros más alejada del final del pasillo, en dirección a la zona de ascensores.

Así que a su espalda sólo debía haber un espejo... y por lo tanto... ¿de dónde demonios había salido la chica que acababa de tropezar con él?

Giró sobre sus talones y miró a su espalda esperando ver su imagen reflejada en el espejo, pero lo que vio le heló la sangre.

El pasillo describía un ángulo de noventa grados y continuaba unos metros hacia dentro, con lo que era totalmente invisible desde la zona de ascensores.

Al final de ese nuevo tramo de pasillo, totalmente oscuro, vio brillar la placa con el número 352. Rogó a Dios que ésa no fuera la habitación de Gloria.

# EL ENCUENTRO

## DOCE

Cuando se abrieron las puertas del ascensor en la planta tercera, Raulito ya estaba correctamente uniformado. Jaime lo estaba esperando sentado en una de las butacas en el recibidor de la planta, en la zona más iluminada.

–Vamos a ver, ¿qué es esa tontería de que hay una habitación 352? Te dije claramente que sólo hay cincuenta habitaciones por planta. Si es una broma para hacer que llegase al trabajo casi una hora antes de mi turno, que sepas que no ha tenido ninguna gracia. A Ju-lío casi le da un síncope cuando me ha visto llegar tan pronto.

–Escúchame primero, y luego te lo demuestro –le dijo Jaime, y le contó el incidente con la camarera de piso.

–Es Isabel, seguro –contestó Raulito cuando Jaime acabó su historia–. ¿Le viste las... –empezó a preguntar, repitiendo el gesto del parque a propósito del tamaño de los pechos de la chica, pero Jaime lo cortó en seco, agarrándolo del brazo. A grandes zancadas, cruzó el pasillo tirando de su amigo. Si algún cliente hubiese visto la escena, no hubiese dudado en dirigirse a recepción para preguntar qué demonios estaba ocurriendo: un cliente con aspecto de estar bastante nervioso llevando a rastras a uno de los botones, que difícilmente lograba mantener el equilibrio.

–Vale, vale –protestó Raulito mientras se colocaba correctamente el uniforme. Habían atravesado el largo pasillo en menos de un minuto.

–¿Y bien? –preguntó Jaime señalando la puerta de la habitación 352, tras la esquina oculta, en la protectora (e intranquilizadora) oscuridad del fondo del recodo.

Raulito se dio la vuelta y miró en la dirección que Jaime le indicaba. Durante unos instantes miró en aquella dirección sin hacer ni decir nada.

Estaba intentando recobrar el habla.

–Joder –fue lo único que se le ocurrió decir cuando pudo hacerlo. Y no sólo porque esa puerta no debería estar ahí. Durante un instante, unas milésimas de segundo, hubiera podido jurar que la puerta no estaba. Que había visto el espejo, y su imagen reflejada en él. Y eso le daba mucho miedo. Casi tanto como aquella puerta misteriosa que estaba donde no debía haber nada.

–¿Vamos adentro? –preguntó Jaime.

–Y una mierda –respondió Raulito sin cortarse lo más mínimo.

## TRECE

Mientras esperaba en la puerta del ascensor, Jaime repasaba mentalmente el plan de Raulito. En lugar de seguir su impulso, que no era otro que entrar en la habitación y preguntar por Gloria, Raulito tuvo una idea que era bastante más lógica. Propuso localizar a Isabel (si es que finalmente era ella la que se había tropezado con Jaime un rato antes) y sacarle toda la información posible acerca del huésped de la habitación 352, una habitación que no constaba en ningún registro ni tenía llave ni casillero en la recepción del hotel.

Y en ello estaba cuando sonó el agudo timbre que avisaba de la llegada del ascensor. Cuando la puerta se abrió, salieron del ascensor Raulito e Isabel.

Y efectivamente, se trataba de la chica que ellos habían supuesto.

Raulito se situó tras Isabel, e hizo un rápido gesto interrogativo a Jaime, al que éste contestó con otro afirmativo igual de breve.

–Buenos días, señor. ¿Quería verme? –preguntó Isabel con aquel embriagador acento.

–Sí, señorita, gracias. Soy el huésped de la habitación 352 y he extraviado las llaves del coche. Como acaba usted de limpiarla, me preguntaba si las había visto, o si por casualidad pudiera haberlas tirado a la basura sin darse cuenta... lo mismo se me cayeron al suelo y...

Isabel volvió un poco la cabeza y miró a Raúl fijamente, con cara de no tener ni idea de qué estaba pasando.

–Disculpe, señor, debe de haberse confundido. La última habitación de la planta es la 350...

Jaime abrió la boca para rebatirlo, pero Raulito lo cortó en seco.

–Ya me quedo yo con el caballero para ayudarlo, Isabel. Muchas gracias por tu ayuda.

–De nada –contestó Isabel–. Siento lo de sus llaves, señor. De todos modos lo revisaré todo con cuidado por si apareciera entre las bolsas de basura.

–Muchas gracias –contestó Jaime.

Un instante después, las puertas del ascensor se cerraban llevándose a Isabel hacia arriba, a la cuarta planta.

–¿Por qué no me has dejado preguntarle? –protestó Jaime.

–Porque no tenía ni idea de qué le estabas hablando, tío. Si alguna vez ha estado dentro de esa habitación, no recuerda nada en absoluto. Si hay algo que de verdad controlo, es la forma de mirar de la gente. En eso no se puede engañar. Y te aseguro que cuando me ha mirado no tenía absolutamente nada que ocultar. Simplemente pensaba que se te había ido la olla.

–Resumiendo –dijo Jaime–, tenemos una habitación que no debería existir, en un

rincón oculto al final de uno de los pasillos del hotel. Por lo que sabemos hasta ahora, la habitación se limpia –vamos a suponer que regularmente– por el personal del hotel. Pero luego, mágicamente, se les olvida hasta que han estado cerca de la puerta de la 352. Si a eso añadimos que, cuando le preguntamos a tu amable recepcionista por Gloria, el tipo nos dejó caer que no había hablado con nadie así y si a eso le sumamos las fotos que se borraron (también misteriosamente) de mi cámara digital, no hay que ser un genio para suponer que es bastante posible que Gloria y la habitación tengan algún tipo de relación...

–Mira, tío, ya sabes que los temas extraños me dan repelús. O sea, que a mí lo único que me gusta de Halloween son los huesos de santo y los buñuelos. Seguro que esto tiene alguna explicación lógica..., lo mismo esa habitación la usan para huéspedes importantes que no quieran quedar registrados. Quizá Ju-lío e Isabel nos han dado gato por liebre, y estamos haciendo un castillo de un grano de arena, a lo mejor...

–Voy a entrar –dijo Jaime.

–Me lo temía –respondió Raulito.

## CATORCE

Jaime salió sonriente por la puerta principal del hotel. Se paró justo en lo alto de la escalinata que conducía a la calle y aspiró profundamente los olores del verano. Tenía la intención de pasarse todo el día en la playa. Había pagado la cuenta del hotel, y aún le había sobrado algo de dinero para pensar en unas mini vacaciones antes de preocuparse por el trabajo. Con una sonrisa de oreja a oreja, se desperezó, estiró los brazos hacia el cielo y se puso a la complicada tarea de decidir si iba a encaminar sus pasos hacia la izquierda o hacia la derecha. A la izquierda, lo esperaba la playa y la promesa de un día de relajación total tumbado al sol. A la derecha, el casco antiguo de la ciudad y la posibilidad, no menos apetecible, de dejarse unos cuantos euros en algo de ropa o en un buen libro.

Aunque si elegía esa opción, tendría que pasar al lado de aquella gitana que no le inspiraba la menor confianza.

Además, la mujer estaba mirando fijamente hacia él desde hacía rato. Y eso le incomodaba.

De pronto, la gitana, vieja como la propia vida, le sonrió con picardía. Levantó su mano derecha y extendió el dedo índice, el medio y el anular.

Luego los bajó lentamente y extendió completamente todos los dedos de la mano.

Los volvió a bajar y, sin dejar de sonreír, extendió otra vez el índice y el medio. Luego, bajó la mano y dejó de prestar atención a Jaime.

–Tres, cinco, dos –dijo Jaime en voz baja, y de pronto lo recordó.

## QUINCE

Jaime voló, más que correr, por la recepción del hotel. Estuvo a punto de llevarse por delante a una pareja de turistas alemanes y un carrito cargado de maletas.

–Disculpe, señor, ¿ha olvidado al...? –intentó preguntar Julio, pero Jaime pasó rotundamente de él, dejándolo con la palabra en la boca. Llegó junto a Raulito, que no lo esperaba, y de un empujón lo metió en el ascensor, que, afortunadamente, se encontraba en esa planta, ya que de otro modo se hubieran estampado contra la puerta.

–¡Eh! Pero ¿qué pasa? –protestó Raulito, mientras Jaime lo aplastaba contra el espejo del ascensor y pulsaba el botón del tercer piso.

–¡Lo hemos olvidado nosotros también! ¡Mierda!

–¿De qué estás hablando, tío? ¿Te has vuelto loco?

–¡De la habitación 352! ¿Qué pasó después? ¡No consigo recordar nada!

–Pero ¿de qué demonios estás hablando? ¡No existe ninguna... –comenzó a protestar Raulito, pero el tono de su voz fue bajando—. Dios mío...

–¿Lo recuerdas, verdad? ¿Estuvimos dentro? No sé si estuvimos dentro, maldita sea.

–Yo... yo..., esto no puede estar pasando... Recuerdo que te empeñaste en entrar, pero a partir de ahí no hay nada... si no llegas a decírmelo... estaba totalmente borrado. Incluso durante un momento, pensé que estabas loco... entonces, Isabel...

–¡Isabel y el resto del personal del hotel, tío! ¡La gente entra ahí y luego no lo recuerda! ¡Y Gloria y su hijo están ahí atrapados, por lo que quiera que haya en la habitación! ¡Tenemos que sacarlos de ahí ya!

–No... no puedo..., me da... pánico lo que quiera que sea que hay allí dentro...

–Tío, te necesito a mi lado ahora –le dijo Jaime mirándolo fijamente a los ojos—. Yo entraré y tú te quedas detrás si quieres, pero yo sólo no me voy a atrever..., necesito que me cubras las espaldas.

Cogió el extintor del pasillo con una determinación que le resultaba totalmente desconocida. Ahora estaba convencido de que Gloria estaba allí dentro y tenía que rescatarla.

–Coge esto y colócate a mi espalda. Al menor indicio de algo raro que veas, le disparas espuma para darme tiempo a coger a Gloria y al niño y salir de allí.

–Preferiría una pistola –dijo Raulito, evitando coger el extintor—. De verdad que no quiero entrar, tío. Si me subo en el ascensor de nuevo y bajo a la recepción puede que otra vez olvide todo esto, y volveré a ser ignorante y feliz..., no necesito saber nada de habitaciones con cosas raras dentro, de verdad.

–¡Eso no es una solución! –gritó Jaime—. Hoy desaparece Gloria..., y mañana ¿quién? ¿Isabel? ¿Y si le pasa a tu novia? ¿Vas a poder vivir con eso?

–Lo siento, de verdad –respondió Raulito y se volvió hacia el ascensor, sin querer mirar atrás.

–¡Mierda! –despotricó Jaime entre dientes, cogió el extintor y se dirigió hacia el fondo del pasillo. Llegó hasta la puerta de la 352 tras unos instantes que le parecieron una eternidad. Su brazo pesaba como el plomo cuando levantó la mano para golpear la puerta con los nudillos.

De pronto una idea absurda apareció de la nada en el centro de su cabeza: «Si no dejo de pensar en la gitana, esta vez no olvidaré nada».

Cuando estaba a punto de llamar a la puerta, una mano se apoyó en su hombro derecho.

–No vas a poder llamar si cargas con eso. Anda, dámelo –le dijo Raulito mientras cogía el extintor. Aunque trató de sonreír, la expresión de su cara era de un miedo intenso.

En aquel momento, Jaime supo que iba a ser amigo de aquel muchacho durante toda la vida, y esperaba que esa vida fuera muy larga.

Se armó de valor, y golpeó tres veces justo debajo del cartel dorado con el número 352 escrito en negro.

## DIECISÉIS

Durante unos instantes no pasó nada en absoluto. La espera les pareció una eternidad.

De pronto, se oyó un clic y la puerta se entreabrió levemente. Jaime y Raulito se miraron el uno al otro sin poder disimular su nerviosismo.

–¿Preparado? –preguntó Jaime

–No –respondió Raúl–, pero vamos allá.

El muchacho cogió el extintor y lo abrazó fuertemente contra su pecho. Quitó la anilla de seguridad y dirigió la boca de la manguera hacia la puerta, preparado para hacer uso de él en cuanto fuera necesario.

–Bien –susurró Jaime–. Que sea lo que Dios quiera. Y entró.

La habitación era como el resto de las del hotel (o al menos como la suya, que era la única que Jaime conocía) con la diferencia de que no había ventanas.

Avanzó un paso hacia el interior con Raulito pisándole los talones. La habitación estaba pulcramente cuidada. Desde su posición podía ver los pies de la cama, que estaba perfectamente vestida.

De repente, le dio la impresión de que había alguien en la cama.

En la cabecera, para ser más concretos. Pero desde allí no podía verlo. Le hizo señas a Raulito, y ambos avanzaron con paso inseguro hacia el centro de la habitación.

Y de repente la vio.

Gloria estaba sentada, como él había presentido, en la cabecera de la cama, junto a la almohada. Tenía los pies descalzos descansando sobre la moqueta, que no tenía ni una mota de polvo. Estaba mirando hacia la pared que tenía enfrente, con la mirada perdida.

A unos pasos de ella, su hijo jugaba en el suelo con algo que parecía una espada de plástico. Los ojos de Gloria ya no brillaban.

Es más, Gloria ya no resplandecía con esa luz interior que se desbordaba por todos sus poros, como le pareció a Jaime el día en que la vio por primera vez.

Jaime sintió que era como una vela que se apagaba. Gloria se estaba apagando, consumiéndose por dentro. Parecía mucho más delgada, y si la comparaba con la chica que capturó con el objetivo de su cámara, parecía que entre ésta y aquella había al menos diez años de diferencia.

Entonces el niño se dio cuenta de que estaban allí, soltó la espada y corrió hacia los brazos de su madre.

–Mamá –gritó, y hundió la cabeza en su regazo.

Ella desvió la vista de la pared y miró a Jaime. Había tanta pena en esa mirada, que daban ganas de llorar.

Más que una mirada, era una súplica a gritos. Jaime dirigió la vista hacia la pared

que ella estaba mirando y vio los cuadros. Cuando las chicas de los retratos empezaron a gritar al unísono, se desató el infierno.

Raulito también gritó con todas sus fuerzas, enloquecido por el terror, y apuntó el extintor hacia los cuadros. Cuando presionó la palanca, la espuma salió con violencia hacia la pared en un rabioso torrente blanco.

Gloria había apartado la mirada, como si no le importara nada de lo que estaba pasando (como si supiera que nada de lo que pasara iba a salvarla).

Jaime hizo la intención de correr hacia Gloria y su hijo, pero lo que vio le heló la sangre. El chorro de espuma se detuvo unos centímetros antes de chocar contra los cuadros, y, como si recorriera algún tipo de tubo invisible, describió un giro de 180 grados y volvió hacia Raulito. Y lo golpeó.

Los hilos de espuma, del grosor de cuerdas de guitarra, se introdujeron por todos los orificios visibles del cuerpo del muchacho, impidiéndole respirar. Sus ojos se apagaron.

Murió sin ni siquiera poder exhalar un último aliento, reventado totalmente por la presión de la espuma.

Cuando los gritos de Jaime se unieron a los de los cuadros, algo invisible lo expulsó violentamente de la habitación. Voló más de veinte metros sin tocar el suelo y se estrelló contra la puerta de la habitación 349. La puerta de la 352 se cerró dando un portazo.

## DIECISIETE

–¡NOOOOOOOOOO! –gritó Jaime.

En unos segundos, todo se había desquiciado.

Había encontrado a Gloria. Pero había perdido a Raulito, que acababa de morir delante de sus ojos de una forma tan horriblemente increíble que su mente se negaba a aceptarlo. Y, por supuesto, quedaba el plato fuerte del día: había descubierto que realmente existían las casas encantadas, o para ser más precisos, las habitaciones encantadas.

Allí dentro había sentido una amalgama de sensaciones, y ninguna de ellas agradable. Había sentido miedo, mucho miedo, pero sobre todo había percibido maldad.

Tan intensa que casi se podía oler.

La habitación tenía a Gloria y a su hijo, y no estaba dispuesta a soltarles.

Y luego estaba el aspecto de Gloria. Esa habitación estaba consumiéndola. Tenía que sacarlos. Y tenía que acabar con aquello que había matado sin ninguna piedad a su amigo. Se lo debía... pero ¿cómo? ¿Qué podía hacer contra aquella fuerza que le había hecho volar de esa forma?

Se levantó con más esfuerzo del que creía que iba a necesitar, y se dirigió de nuevo hacia la puerta de la 352. Agarró el pomo de la puerta con su mano derecha y lo giró con todas sus fuerzas. Pero éste no cedió ni un ápice. Se ayudó con la izquierda, y cuanto más fuerza aplicaba, más inamovible parecía, como si pomo y puerta fuesen una sola pieza soldada por una fuerza invisible.

De repente, el pomo se calentó. Pasó de estar frío a estar al rojo vivo en un segundo. Jaime consiguió apartarse una milésima de segundo antes de que la quemadura que le provocó en la mano fuese realmente grave.

Así que hizo lo único que podía hacer: lloró.

Lloró tan amargamente como no recordaba haberlo hecho nunca.

Lloró hasta que sus piernas se doblaron y se hincó de rodillas, allí, en el recodo sin iluminar que permanecía oculto a la vista, a unos metros de distancia del que había sido su amigo y de la que podría ser su gran amor.

Al principio, creyó que sus ojos llenos de lágrimas le estaban gastando una broma, que era algún enrevesado efecto óptico provocado por sus ojos empapados; pero cuando se los secó con el dorso de la mano, su llanto se detuvo de inmediato y a su corazón estuvo a punto de pasarle lo mismo.

Mientras estaba arrodillado mirando a la puerta de la habitación 352, a su izquierda, dentro del pasillo oculto, había aparecido una nueva puerta: la 351.

## DIECIOCHO

Se levantó de la manera más desgarrada del mundo, y aunque su capacidad de asombro ya se había desbordado varias veces ese día, aquello terminó de darle la puntilla. Esa habitación había surgido de la nada.

Un instante antes no estaba, y al siguiente sí.

Ésa era la impresión que daba.

Se acercó a ella y pegó el oído a la puerta. Se oía levemente una música muy agradable, pero no parecía venir de dentro de la habitación. Era difícil de explicar, pero era como si la propia habitación fuera la música. La habitación estaba *hecha de música*, ésa era la expresión que se le venía a la cabeza.

Acababa de escapar del mal absoluto, de la habitación de al lado. Y ahora ésta, la 351, lo llenaba de paz.

Entonces lo vio claro.

–El yin y el yang –susurró–. La 351 existe porque existe la 352. El mal absoluto no puede existir solo, porque en el universo, todo está en equilibrio. Ni tampoco el bien absoluto, porque ambos se complementan.

Lo acababa de decir, pero *él no lo había dicho*.

Era totalmente lógico, o al menos a él se lo parecía, pero no hubiera llegado a esa conclusión ni en un millón de años. La idea simplemente germinó en el centro de su cabeza como si alguien hubiera plantado una semilla. Y decidió probar suerte. Porque, al menos durante unos instantes, quería ser uno con esa música. Levantó la mano y llamó tres veces, suavemente, a la nueva puerta.

Se oyó un leve arrastrar de pies deslizándose por la moqueta. Luego el pomo se movió a un lado y a otro, y la puerta se abrió. Y la música más dulce del mundo lo inundó.

–Ay mi niño, no me llore, guapo –dijo la gitana desde el otro lado del dintel de la puerta–. ¿Qué es lo que quiere?

–Yo... no... puedo –sollozó Jaime–. No he podido salvarles..., y ella... ella...

La gitana puso la mano sobre su hombro, y eso lo calmó instantáneamente, como si hubiera tomado una mágica infusión hecha con las más exóticas, deliciosas y olorosas plantas silvestres que pueda imaginar el ser humano. Así fue exactamente como se sintió: limpio por dentro, y totalmente relajado.

–Ya te lo dije, niño... si quieres mi ayuda, sólo tienes que llamarme.

Jaime la escuchaba en sus oídos, pero también dentro de su cabeza. En ocasiones, le parecía que la gitana hablaba sin mover los labios, pero eso no lo asustaba lo más mínimo.

–Por favor –gimió él–, por favor..., ayúdame.

La gitana sonrió. Jaime no pudo precisar qué había en esa sonrisa, pero tenía

mucha fuerza. Sintió como si le quitasen un gran peso de encima.

Tuvo la convicción de que ahora todo iría bien.

–Vamos, niño –dijo la gitana, que no era una gitana–. Vamos adentro.

Se dirigieron a la habitación 352. Jaime iba el primero. La gitana lo seguía.

Pero ahora no iban armados solamente con un extintor.

Que se preparara lo que fuese que hubiera ahí dentro, porque había llegado su hora.

## DIECINUEVE

Jaime se situó frente a la 352, y golpeó con los nudillos. Esta vez sin miedo o reticencia.

Fueron unos golpes secos, fuertes. La puerta se abrió de inmediato y Jaime no necesitó mirar atrás antes de atravesar el marco, porque sentía una fuerza impresionante empujándolo desde atrás, haciéndole avanzar casi sin tocar el suelo. Parecía como si ese ser que parecía una vieja gitana deseara la confrontación. Como un sediento que no puede esperar más a alcanzar un vaso de agua fresca.

Exactamente así.

De modo que, sin apenas darse cuenta, Jaime se vio de nuevo en el centro de la habitación.

No quiso mirar hacia el bulto reventado que yacía en el suelo, a su izquierda, porque sabía que era Raulito y en aquellos momentos la muerte no existía... No podía ni debía romper la magia, o estaría perdido.

Gloria seguía en la misma posición, sentada en la cabecera de la cama, con sus delicados pies descalzos apenas rozando la moqueta. Su mirada seguía perdida en la pared, en los cuadros de las muchachas.

Miraba sin ningún interés, con infinita tristeza, a algún punto perdido en la distancia mucho más allá de aquellos cuadros vivos.

Su hijo tenía la cabeza hundida en su regazo, tal como había quedado unos instantes antes, cuando Raulito aún estaba vivo... No debía pensar en eso.

Los cuadros fueron los primeros en notar su presencia. Las chicas, preciosas, lo miraron de reojo. Sus expresiones, fotocopias exactas cada una de las demás, mostraron asombro. Lo siguieron con la vista, mientras sus ojos y sus bocas dibujaban una exageradamente cómica expresión de sorpresa. Y Jaime, ignorándolas, se acercó poco a poco hasta la cama y posó una temblorosa mano en el deseado hombro de la mujer que tanto lo atraía.

–Gloria –le susurró.

Ella dio un respingo. Hasta ese preciso instante no había notado su presencia. Lo miró como mira un sonámbulo al que acaban de arrancar de su mundo de ensueño.

Su hijo levantó la cabeza, sobresaltado.

Y de repente todo tuvo sentido.

Aquél no era el hijo de Gloria, por la sencilla razón de que aquello no era un niño.

Aquello no era un niño de la misma forma que la vieja gitana tampoco era lo que parecía ser.

Los ojos que lo miraron (aunque él sabía que no eran unos ojos, no servían para ver porque aquel ser no necesitaba ver) eran rojos a veces, otras amarillos y otras una amalgama de tonos anaranjados. Era como mirar el mismísimo corazón del sol

fijamente.

La mente de Jaime se abrió, y durante unos instantes vio realmente el sitio en el que se encontraba.

Vio, como en una película proyectada sobre una superficie, las dos cosas al mismo tiempo. Lo que la habitación parecía, y lo que en realidad era.

Vio a las muchachas (a sus almas) encerradas en lo que parecían jaulas de oro suspendidas sobre ríos de lava hirviente.

Vio la habitación entera como una inmensa gruta cuyo techo, cubierto de amenazantes estalactitas, se elevaba a cientos de metros por encima de su cabeza.

Vio burbujas de magma explotar en la superficie de una laguna entre anaranjada y amarilla brillante aquí y allá.

Y frente a él, un camino de brasas encendidas, humeantes, que serpenteaba hasta el trono. Un trono que descansaba sobre un montículo de cráneos humanos. Un trono en el que el niño estaba sentado.

Sólo que con su aspecto real.

El ser era como una inmensa gárgola, de al menos cinco metros de alto. Su rugosa piel, negra como el alquitrán, aparecía lustrosa y brillante en unas zonas y agrietada y avejentada por otras.

Por las grietas manaba una luz muy brillante y anaranjada, parecía como si todo él estuviese hecho de energía y su piel no pudiera contenerla toda. Se levantó de su trono y dos inmensas alas negras de murciélago, con pequeñas llamas brotando por toda su superficie, se extendieron a su espalda. Tras de él, Gloria estaba encadenada a una jaula dorada que aún no estaba cerrada. El ser señaló a Jaime con su mano izquierda. En su derecha, agarrado por el cuello, tenía el cadáver achicharrado de Raulito.

Raulito rogaba a gritos que Jaime lo sacara de allí mientras su piel se llenaba de ampollas.

«¡Fuera!», gritó aquella bestia con una voz de niño. Jaime sintió la orden en lo más profundo de su cerebro. No entendió las palabras de una forma racional, porque aquel ser se comunicaba en un lenguaje que el cerebro humano no tenía la capacidad de comprender, pero la orden fue clara e irrevocable.

La imagen se desvaneció y la habitación volvió a su lugar. La cara negra y brillante de aquella bestia se disfrazó de nuevo de niño. Y Jaime voló hasta el centro de la habitación, donde quedó suspendido, con los brazos y las piernas extendidos hacia el infinito.

Y supo que iba a morir.

## VEINTE

Jaime notó que una inmensa fuerza tiraba de sus extremidades en direcciones opuestas. Aquel ser horrible iba a despedazarlo en vivo. El que ahora sabía que no era un niño lo miraba fijamente, con una odiosa y maléfica expresión en el rostro. Sus ojos anaranjados rezumaban humo blanco. La bestia levantó su mano derecha, como un director de orquesta que está a punto de cerrar una pieza magistral.

Aunque Jaime sabía que lo que estaba haciendo era tensando los hilos. Unos hilos invisibles que atrapaban cada una de sus extremidades. Y que, cuando esa mano bajara, el dolor sería insoportable.

–Suéltalo, coleccionista –se oyó una música.

La gitana se encontraba en la misma entrada de la habitación, apenas un paso en el interior de la misma.

La presión se desvaneció, como si alguien hubiera cortado los hilos.

–¡Tú! –gritó el niño con su voz real. Una voz amplificada, que eran miles de voces a un tiempo. Voces desgarradoras, avejentadas, odiosas... pero sobre todo aterradoras.

El disfraz del ser se desvaneció por completo. La habitación, en un parpadeo, se convirtió en lo que realmente era. Jaime se vio flotando entre cataratas de lava hirviendo.

–Tú no puedes estar aquí, en mis dominios. Este lugar está prohibido para los tuyos –bramó la criatura.

Jaime captaba estas palabras directamente en el centro de su ser. Las palabras eran incomprensibles, sibilantes, como serpientes arrastrándose, pero él, a un nivel muy primitivo, las entendía.

–Puedo y debo –se oyó de nuevo la música que provenía del interior de la gitana–. Si alguien desde dentro me pide ayuda. Y alguien lo ha hecho.

–¡Tú, patética criatura! –gritó la bestia con tanta fuerza que la cabeza de Jaime vibró.

Sintió un pánico como nunca antes había sentido. No era miedo a morir, iba más allá. Miedo a estar condenado junto a aquella horrible bestia por toda la eternidad.

Jaime gritó con todas sus fuerzas.

–Basta –dijo la música.

La voz de la criatura se cortó en seco, al igual que el grito de Jaime. Éste miró hacia la gitana, y sintió que le faltaba la respiración.

Pero no necesitaba respirar.

La gitana avanzó un par de pasos sobre el suelo llameante. Sus zapatillas quedaron atrás. No se descalzó, simplemente sus pies las atravesaron, como si no fueran reales. Pasó a través de su superficie como si estuvieran hechas de gelatina. Al

siguiente paso, el disfraz de la gitana desapareció. Como si su piel y su ropa fueran una bolsa amarrada en lo alto de su cabeza a la que alguien suelta el nudo. Fue exactamente eso. Su piel y su ropa se deslizaron hacia abajo y desaparecieron entre llamas al tocar el suelo. Y sólo quedó un ser de luz.

Desnudo.

Y perfecto, hasta el punto de ser inconcebible.

Su piel azul como el mar no reflejaba los brillos del fuego que lo/la rodeaba. Era imposible decir si era un hombre o una mujer porque no tenía sexo. Jaime pensó que se encontraba ante un ángel. Y, como respondiendo a sus pensamientos, dos majestuosas alas de un blanco inmaculado se desplegaron a su espalda.

–Se acabó –dijo, y Jaime se sintió inundado de paz.

–Entonces es el momento de la verdad –contestó la bestia–. Sea, pues.

En su mano brotó una espada llameante. Borbotones de lava amarilla goteaban por la empuñadura y caían hasta el suelo, dibujando remolinos de humo. La bestia avanzó un paso hacia el ser de música y luz, y todo retumbó a su paso. Varias estalactitas cayeron del techo y se destrozaron contra el suelo.

Una de ellas casi rozó a Jaime.

De la mano del ser que antes parecía una gitana también brotó una espada. Una espada de luz pura y música. Era brillante como los rayos del sol, y al mirarla directamente se sentía una paz inmensa. Los colores del arcoíris brotaban en pulsos desde su empuñadura y subían en espiral hasta el extremo superior, donde desaparecían en pequeñas explosiones silenciosas parecidas a fuegos artificiales en miniatura.

Jaime sabía que ni el arma del ser brillante ni el de la bestia eran espadas realmente. Ante sus ojos se iba a librar una batalla como se había estado haciendo desde tiempos inmemoriales, y su pobre cerebro humano se limitaba a tratar de hacer comprensibles conceptos que sobrepasaban sus límites. Y le pareció bien.

Lo único que Jaime le pedía a Dios (si acaso Dios no era aquel ser de color azul que tenía ante él) era que la bestia no ganara la batalla.

Como si hubiera entendido sus pensamientos, el ser de luz le sonrió.

Y a continuación el caos se desató ante sus ojos, los cuales contemplaron un espectáculo nunca antes presenciado por ningún ser humano.

Su mente se expandió y su primitivo cerebro lo entendió todo. Era una maravillosa danza en la que el más mínimo movimiento estaba estudiado al detalle. Las pupilas de Jaime se contraían y se expandían al ritmo de las espadas en lucha. A cada golpe, un mundo nacía en alguna parte del infinito y otro se consumía en un agujero negro.

El combate que se estaba desarrollando a unos metros de él y al mismo tiempo a mil mundos de distancia.

Era como ver en primera fila el nacimiento del universo.

Sentía oleadas de maldad y paz de forma alternativa, supuso que al ritmo de los golpes de los contendientes. No podía (no sabía) distinguir quién estaba ganando aquella hermosa y aterrorizadora lucha. Pero de pronto tuvo la convicción que del resultado de la misma no sólo dependía su propia vida, o la de Gloria, sino mucho más.

El pánico comenzó a atenazarlo, y su subconsciente decidió cerrar esa puerta antes de que lo volviera loco.

La cadencia de los golpes había ido acelerándose hasta límites irreales, como una película a mil veces su velocidad normal. Sus oídos dejaron de distinguir quién de los dos colosos golpeaba; al principio los golpes de la bestia sonaban como un disco de *heavy metal* puesto al revés y los del ser celestial como música de una belleza inenarrable, pero ahora todo era una amalgama de explosiones sordas, lejanas, como a muchos kilómetros de distancia. Los fogonazos y el entrecuchar de las espadas se convirtieron en el desquiciante parpadeo de la luz estroboscópica de una discoteca, y Jaime supo que si no cerraba los ojos nunca volvería a ver la luz.

Así que los cerró y apretó los párpados con tanta fuerza que empezó a ver minúsculos puntitos de colores moviéndose como peces en un estanque.

Y, entonces, todo acabó.

El combate había durado una eternidad, y, a la vez, un instante.

Al final, cuando se desvaneció la luz, sólo uno de los dos contendientes quedó de pie. Tenía las alas blancas plegadas sobre su espalda, la espada de luz apuntando hacia el suelo. Y la bestia humeante rota a sus pies.

De pronto, la ilusión de la habitación volvió con toda su fuerza. Cualquiera que entrase en ese momento sólo vería a una vieja gitana sosteniendo en brazos a un niño pequeño al que acababa de propinar una buena zurra.

–Libéralas, coleccionista –ordenó la gitana.

El niño, de mala gana, levantó una mano, y las superficies de los cuadros de las muchachas empezaron a abultarse. En ese momento, Jaime reparó en cuántos eran.

Había decenas de ellos.

Jaime tuvo la sensación de que ganaban contorno como si los estuviese observando a través de una de esas gafas con cristales rojo y azul que se usan para ver fotos y dibujos en tres dimensiones.

También tuvo la impresión de que una superficie transparente y frágil trataba de contener la fuerza imparable de las muchachas de los retratos.

Las muchachas fueron adoptando forma humana hasta que lo que quiera que fuese que las tenía prisioneras se rompió. Las muchachas *nacieron* de nuevo a través de los cuadros.

A continuación, las figuras semitransparentes de las muchachas flotaron en el

centro de la habitación, exultantes de alegría. Se miraban unas a otras y reían con risas angelicales. Tenían sus manos agarradas unas con otras, formando una espiral que se elevaba a lo alto.

Estuvieron así unos instantes, jugando y riendo, hasta que soltaron sus manos, miraron hacia arriba, e hicieron a Jaime un gesto de despedida con la mano.

Sonrieron de nuevo, y desaparecieron por el techo, hacia el destino que se les había negado, Dios sabía desde cuándo.

–¿Qué... qué eran? –atinó a preguntar Jaime a lo que antes era la gitana.

–Almas –respondió el ser–. El coleccionista roba las almas de las muchachas que escoge y retuerce la realidad para que nadie las recuerde ni pueda reclamarlas.

»Los padres olvidan a sus hijas, los hermanos a sus hermanas, los abuelos a sus nietas... el mundo queda como si ellas no hubieran existido. Su recuerdo es borrado de todas las personas que las conocieron. Sus logros anulados. Sus creaciones perdidas en la nada. Sus vivencias suprimidas. Lo que les arrebató es tan valioso que no tiene nombre. Las condena a un estado de no existencia, como si nunca hubieran nacido...

Jaime balbuceó algo sin sentido. La idea de una bestia que colecciona almas como un niño colecciona cromos le resultaba horrorosa e increíble a un tiempo.

Pensó en las pobres muchachas, en la eternidad de sufrimiento que habrían pasado encerradas en aquellos cuadros sólo para disfrute de la bestia.

–Hola –dijo una voz que sacó a Jaime de sus pensamientos. Se volvió, y vio la forma de Raulito, tan transparente como las muchachas, que le sonreía.

–Dios mío, Raulito –balbuceó Jaime–. Yo... yo... lo siento tanto.

–No te preocupes –repuso el muchacho con una voz llena de paz–. Esto es maravilloso. Sólo quería decirte que nada de esto ha sido culpa tuya. Al contrario, me has salvado de la bestia.

Jaime estiró la mano para intentar tocarle, pero lo atravesó como si fuera humo, dejando remolinos multicolores a su paso. Raulito sonrió de nuevo y miró hacia arriba.

–Ya nos veremos –añadió, y emprendió su camino hacia el techo. Hacia más allá del techo.

–Aún no es tu hora –dijo el ser de luz a Raulito–. Éste no es el lugar en el que deberás abandonar este mundo, porque de este lugar no debe quedar huella ni recuerdo, ni en vosotros ni en los que os conocen. Vuelve pues al cuerpo que nunca debiste abandonar.

Y obedeciendo a su gesto, el espíritu de Raulito volvió a ocupar su cuerpo. El muchacho se levantó torpemente y tosió varias veces para eliminar los restos de espuma que aún ocupaban sus vías respiratorias

–Yo... yo... –balbuceó.

–Ve –dijo el ser de luz, ahora ya convertido de nuevo en la gitana–. No puedes ni debes ser castigado con el recuerdo de lo que ha sucedido en este espacio condenado entre realidades. No estás preparado para sobrellevar tan pesada carga. Por ello te concedo el olvido. Ahora puedes marchar libre.

A su orden, Raulito sonrió y abandonó la habitación. Cuando volvió a su puesto de trabajo se sentía inexplicablemente feliz. No sabía por qué, pero aquel día le parecía tan maravilloso que ni siquiera el pesado de Julio con sus tonterías conseguiría hacerle cambiar de idea.

De ese modo, en la habitación quedaron la gitana, el niño, Gloria y Jaime.

–Te queda una última tarea –dijo la gitana.

El niño la miró como si acabara de pillarle intentando robar un puñado de caramelos del tarro de la repisa. Dijo algo incomprensible, y Gloria, que hasta ese momento había estado ausente de todo lo que se desarrollaba a su alrededor, pareció recobrar la vida. Sus ojos dejaron de tener aquel aspecto ausente y volvieron a brillar con la magia que enamoró a Jaime el primer día que la vio en el mostrador de la recepción del hotel.

El proceso por el cual le estaba siendo arrebatada el alma al cuerpo de Gloria, que había estado a punto de ser la última pieza capturada por el coleccionista, fue de este modo abortado para siempre.

–Muy bien –sentenció la gitana–. Ahora vete.

–Sabes que volveré. Y entonces la victoria será mía. Será el fin de éste y de miles de millones de mundos –dijo el niño con la voz de la bestia, que aún estando derrotada sonaba tan terrible como para helar la sangre en las venas y erizar hasta el último vello del cuerpo.

–Si así ha de ser, será. Pero hoy, tu historia termina aquí –contestó la gitana con su voz de música, y soltó al niño, que cayó hacia el suelo y lo atravesó como si fuera de humo.

–¿Qué... qué está pasando? ¿Dónde estoy? –preguntó Gloria. Y su voz sonó maravillosa a los oídos de Jaime.

–Vosotros dos –dijo la gitana cogiendo sus manos–. Os devuelvo lo que os fue arrebatado sin derecho alguno.

Y la penosa vida que el coleccionista había imaginado para ambos cayó en el olvido como si nunca hubiera existido.

## VEINTIUNO

Los recuerdos inundaron a Jaime y a Gloria como una inmensa ola rompiendo en la orilla.

La primera vez que la vio, en aquella fiesta de cumpleaños de un amigo común.

La maravillosa sensación cuando sus miradas se cruzaron por vez primera.

Las primeras citas, el primer beso.

Jaime, emocionado, colocando el anillo en el dedo de Gloria, que estaba bellísima en su vaporoso traje blanco de novia.

Los dulces labios de ella pronunciando el «sí, quiero».

Los amigos y la familia bañándolos en arroz mientras corrían entre risas hacia el coche que los llevaría hacia su nueva vida.

## VEINTIDÓS

En Inglaterra, en ese mismo momento, una pareja de ancianos recordaban a su hija, que viajó a España a visitar la ciudad natal de Picasso para escribir su tesis de fin de carrera.

De eso hacía diez años, y nunca habían vuelto a verla. Y hasta ese preciso momento, la habían olvidado completamente. Con toda la velocidad que sus pies les permitieron, subieron la escalera y se dirigieron al cuarto de su hija. Durante diez años habían estado pasando a diario cientos de veces por delante de aquella puerta sin reparar en ella. Sus libros, sus CD, sus ropas..., todo estaba cubierto por una capa de polvo acumulado durante diez años de abandono.

Sus miradas se entrecruzaron, pero no buscaron explicación. Sabían que, por fin, todo estaba bien. Se abrazaron y no pudieron hacer otra cosa que llorar.

En Alemania, las luces de varias casas de una misma ciudad se encendieron a un mismo tiempo. Todas ellas tenían algo en común, en ellas vivían mujeres que hicieron su viaje de fin de curso a Málaga veinte años atrás. Con el corazón latiéndoles en las sienes, se preguntaron cómo pudieron abandonar allí a dos de sus compañeras, y lo que es más inquietante, por qué las habían olvidado por completo hasta ese instante.

La misma escena se repitió, con ligeras diferencias, en decenas de lugares a lo largo y ancho del planeta.

Al día siguiente, las comisarías de medio mundo se llenaron de denuncias por desaparición. Muchas de esas desapariciones habían ocurrido hasta treinta años atrás.

Una revista sensacionalista dedicó la mitad de su página treinta y cinco al tema de las denuncias. Cientos de páginas de Internet dedicadas a sucesos paranormales dieron cuenta también de esas muchachas desaparecidas.

Por lo demás, el mundo siguió girando, inmutable, y sus habitantes siguieron viviendo sus vidas con normalidad.

## VEINTITRÉS

El sonido del teléfono arrancó a Jaime de su sueño. Lo descolgó, aún medio dormido, y acercó el auricular al oído.

–Disculpe, señor –oyó–. Son las ocho de la mañana, nos pidió que lo despertásemos.

–Sí, muchas gracias –respondió él.

–De nada, señor.

Colgó el auricular, y se arropó de nuevo con la suave sábana blanca.

–Preciosa, es la hora –susurró.

Gloria sonrió. Le encantaba que la despertara así. A pesar del tiempo que hacía que estaban juntos, seguía oyendo campanitas cuando él le hablaba.

Se desperezó, y desnuda entre las sábanas, a Jaime le pareció una diosa.

–Hoy es el gran día –dijo ella.

–Sí –contestó él–. Por fin vamos a ver la que será la oficina en Málaga del gran fotógrafo Jaime Rueda –bromeó.

–No te lo tomes a risa –contestó ella, abrazándolo–. Sé que tenías muchas ganas de ampliar el negocio.

–Sí, no te lo voy a negar –respondió él– ¿No tienes la sensación de que la vida es maravillosa, de que nada puede ir mal?

–Hombre... ten en cuenta que estamos cerca de Marbella. Lo único que puede pasar es que dejes de hacer esas maravillosas fotos de moda que haces en Madrid y te pases al negocio de los *paparazzi* —dijo ella con una sonrisa pícaro.

–Jajá –dijo Jaime, sarcástico–. Ni en un millón de años.

Se levantaron y se dieron una ducha juntos. Una vez vestidos, se dirigieron hacia el restaurante, para tomar el desayuno antes de acudir a la inauguración de sus nuevas oficinas.

–Con los hoteles me pasa igual que con los hospitales –dijo Jaime al salir del ascensor–. No consigo situarme ni con un plano. No tengo ni idea por dónde está el restaurante.

–Pues más vale que preguntes si no quieres que lleguemos tarde –respondió Gloria, que iba cogida de su brazo–. Mira, allí hay un chico.

–Disculpa –dijo Jaime–, ¿el restaurante, por favor?

Raúl lo miró como si lo conociera de algo. Durante un instante fue incapaz de articular palabra.

–¿Sucede algo? –preguntó Jaime.

–No... no, claro que no –balbuceó Raúl–. Es que hacen ustedes muy buena pareja. El restaurante está justamente hacia su derecha.

–Gracias –respondió Jaime, y se encaminaron hacia allí.

–Qué muchacho tan agradable, ¿verdad? –dijo Gloria.

–Sí, no sé por qué, pero me ha resultado conocido... A lo mejor lo conocí en otra vida –bromeó.

Gloria iba a contestar cuando les llegaron los ecos apagados de una discusión detrás de ellos. Jaime se volvió y vio cómo Julio le estaba dando el «repaso» de la mañana a Raúl.

–Espérame un momento aquí, cariño –le dijo a Gloria, y se dirigió al mostrador de la recepción.

Cuando Julio le vio acercarse por el rabillo del ojo, cambió la actitud instantáneamente.

–¿Deseaba algo el señor? –preguntó.

–Sí, discúlpeme, pero no he podido evitar ver que estaban ustedes discutiendo. ¿Sucedó algo?

–Eh, no, señor, son sólo... problemas internos del personal del hotel –contestó Julio–. No dude usted que todos nuestros esfuerzos van encaminados a conseguir que su estancia en nuestro hotel sea lo más placentera posible. Es sólo que este chico ya está advertido desde hace tiempo, y me temo que va a tener que dejar su puesto a otra persona más preparada –sentenció mientras echaba una mirada de odio a Raúl que casi quemaba.

–Oh, disculpe, ¿no se lo ha dicho? –respondió Jaime –. Verá, mi nombre es Jaime Rueda. –Le pasó una tarjeta a Julio.

–¿El famoso fotógrafo? –respondió Julio con una sonrisa de oreja a oreja–. Es todo un honor para nuestro hotel contarle a usted entre nuestros huéspedes.

–Gracias, imagino que ha oído usted hablar de la inminente apertura de nuestras nuevas oficinas en Málaga...

–Sí, claro, es todo un evento. Se dice que va a generar una gran cantidad de puestos de trabajo, de forma directa e indirecta. Los famosos de medio mundo van a querer pasar por su estudio...

–Efectivamente. Y a eso iba. Me temo que va a tener que prescindir de los servicios de este muchacho, porque lo acababa de contratar como relaciones públicas.

La cara de Julio fue pasando del amarillo al verde.

–Probablemente –continuó Jaime– estaba esperando a acabar su jornada laboral para ponerlo en su conocimiento. Es que hoy en día ya no se encuentran personas así, tan responsables. ¿Sabe que el sueldo que va a cobrar seguramente triplica el que tiene usted como recepcionista?... Bueno, no lo aburro más. –Guiñó un ojo a Raúl y le deslizó una tarjeta en el bolsillo a la vez que con sus labios dibujaba la palabra «llámame».

Gloria había seguido la escena divertida desde la distancia. Casi no pudo esperar a que Jaime llegara a su lado para preguntarle:

–¿Qué ha pasado?

–Que acabo de contratar a nuestro relaciones públicas –respondió Jaime–. Y no me preguntes por qué, pero me jugaría el cuello a que hemos dado con la mejor persona para el puesto.

Gloria sonrió. Tampoco sabía por qué, pero estaba totalmente de acuerdo con su marido.

Y así, cogidos por el brazo, se encaminaron al restaurante del hotel que, ahora sí, contaba exactamente con cincuenta habitaciones por planta.